

La Palabra es un síndrome

J. V.

El escritor Antonio Pereira, premiado recientemente en el certamen-Fastenrath- de prosa por su libro, «El síndrome de Estocolmo», nos hace un repaso concienzudo a la geografía del planeta y a la del espíritu. México, Brasil, Puerto Rico, Lisboa, Moscú, son puntos referenciales donde la anécdota es hilo que desmadeja el ovillo de las impresiones introspectivas del narrador, más poético y ético, que discursivo y abusivo.

El autor de «País de los Losada», convierte la pura miscelánea viajera en afilada descripción de paisajes y atmósferas, de gentes y mágicos momentos destinados a perecer, porque todo en la vida es caduco como los cipreses, salvo el perfume que vivir deja impregnado en las criaturas.

Así, el poder de una mujer renace ante la debilidad de su marido, o un hombre enamora a una bella rusa en un baile recitando poemas de Lorca, y con la «música» de una salve colegial. O el cazafantasmas de Borges, Truman Capote y Franco les atrapa y encarcela en su memoria para devolvérselos más vivos que nunca. O un enamorado de lo insular comprende al fin la dramática finitud fronteriza de las islas. O un adolescente aprende a través de su relación con una tuberculosa, que Margarita Gautier más que una realidad romántica es el espejismo de una tos.

Hay un cuento de trenes en este libro del poeta leonés, que cada vez escribe mejor porque dice más en menos, que nostalgia a Delibes, a Márquez y Carpentier, pero tal vez algo mejor, recuerda a Chejov y Pushkin. En «La escalerilla», Pereira dice que «el tren es siempre una fiesta», y que «el tren es de todos». Lo mismo que su libro.

